

ASPECTOS IMPORTANTES DE LA CARTA APOSTÓLICA *MAXIMUM ILLUD* (30 de noviembre de 1919)¹

El siglo XX ha sido llamado con razón «el siglo de las misiones». Durante estos cien años, en la vida de la Iglesia, que nació en Pentecostés y que continúa en el tiempo, han tenido lugar grandes acontecimientos que han fortalecido su dinamismo y su compromiso misionero. Esta afirmación no excluye en absoluto que previamente ya haya habido muchas otras iniciativas misioneras: sin ellas, el florecimiento de la misión en tiempos posteriores habría sido imposible². Por la misma razón, sin el dinamismo del siglo XX sería difícil descubrir la «pasión por la misión» y la «pasión por el pueblo» de la que actualmente disfruta la Iglesia católica.

Al inicio de este «siglo de las misiones» se coloca el documento misionero pontificio *Maximum illud* (MI) del Sumo Pontífice Benedicto XV (30 de noviembre de 1919). Su comprensión es un punto de referencia necesario para entender las circunstancias sociales y eclesiales que justifican su publicación. A pesar de ser uno de los documentos más citados en la literatura misionera, la *Maximum illud* puede considerarse como «la gran desconocida»: el papa Francisco, al proclamar un Mes Misionero Extraordinario para octubre de 2019, con motivo del centenario de esta carta apostólica de Benedicto XV, resalta que esta es una oportunidad providencial para hacer justicia a un texto misionero fundamental y profético.

Hay que tener presente que la celebración de este centenario no debe ser simplemente otro aniversario más en el calendario de la Iglesia. Es la

¹ La numeración se refiere a la traducción oficial española del texto de la *Maximum illud*, disponible en www.vatican.va.

² «Nunca jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano» (MI 2).

voluntad del Santo Padre que, por este motivo, todas las Iglesias, en todas las regiones de la tierra, se pongan en un estado permanente de misión. Las palabras de Francisco son explícitas: la celebración del Mes Misionero Extraordinario es una magnífica oportunidad para «despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral»; es la gran ocasión para «abrirnos [...] a la alegre novedad del Evangelio» (Carta al Cardenal Filoni, 22 de octubre de 2017).

1. Contexto histórico de la *Maximum illud*

La carta apostólica *Maximum illud* nació en un momento poco propicio para el fortalecimiento de la responsabilidad misionera de la Iglesia, o tal vez sea precisamente esta situación la que justifica su publicación. La Primera Guerra Mundial había terminado recientemente, y dentro de la Iglesia se percibía la pérdida del «fervor» misionero, también como consecuencia de los grandes fracasos de ese conflicto bélico y de los factores que llevarían después a la Segunda Guerra Mundial. No es exagerado afirmar que el origen de esta crisis posmoderna ocurre en Occidente. Sin embargo, Benedicto XV no oculta su satisfacción y alegría al ver la expansión de las misiones extranjeras y de algunos vicariatos apostólicos, que no han dejado de colaborar en la preparación de un nuevo crecimiento del reino de Dios (cf MI 11, 23). Los países evangelizados son conscientes de ser colonias occidentales y, por lo tanto, el colonialismo reina sobre cualquier otro objetivo evangélico; especialmente si aquellos que anuncian la Buena Nueva provienen de los países colonizadores. Las demandas del progreso, de la industria y del desarrollo para encontrar nuevas tierras en las que vender sus productos y nuevos lugares para abastecerse de materias primas causan conflictos entre las naciones. Las motivaciones económicas están en el origen de las guerras y se extienden a todas las colonias, especialmente en África, donde trabajan los misioneros europeos. En resumen, y sin entrar en

detalles, los pueblos a evangelizar también son víctimas de las consecuencias de las guerras mundiales.

Por esta razón, el papa Francisco insiste en la necesidad de purificar el ejercicio de la actividad misionera de cualquier distorsión, como sucedió con las adhesiones colonizadoras de aquel tiempo, evitando así el peligro de las tendencias nacionalistas y de los etnocentrismos³. También ahora la misma pureza evangélica puede ser distorsionada por otros intereses, sociales o partidistas, que oscurecen la dimensión universal y católica que está en el corazón de la misión.

2. Problemática de las vocaciones misioneras

Benedicto XV publica la *Maximum illud* como un documento pontificio profético y misionero, hasta el punto de ser considerado como el comienzo de lo que, de hecho, se llamó «el siglo de misiones». A lo largo del siglo XIX aparecieron numerosos documentos misioneros pontificios, entre ellos: *Probe nostis* (Gregorio XVI, 1840), *Quanto conficiamur* (Pío IX, 1863), *Sancta Dei civitas* (León XIII, 1880) y *Catholicae ecclesiae* (León XIII, 1890), con el objetivo de fortalecer la misión de cooperación de la Iglesia, a través de las numerosas instituciones misioneras que el Espíritu Santo estaba haciendo nacer en el mundo, especialmente en África.

A estas circunstancias se agregaron algunas dificultades que surgieron dentro de la Iglesia, la más grave de las cuales fue la crisis vocacional misionera en los países de origen. Muchos misioneros enviados por la Iglesia de Occidente fueron reclutados para unirse a los ejércitos beligerantes. La guerra mundial provocó una crisis que tuvo una gran resonancia en el

³ BENEDICTO XV pone un ejemplo en el que queda claro el peligro de estas tendencias nacionalistas: «Suponed, pues, que, en efecto, entren en la conducta del misionero elementos humanos, y que, en lugar de verse en él sólo al apóstol, se trasluzca también al agente de intereses patrios. Inmediatamente su trabajo se haría sospechoso a la gente, que fácilmente podría ser arrastrada al convencimiento de ser la religión cristiana propia de una determinada nación y, por lo mismo, de que el abrazarla sería renunciar a sus derechos nacionales para someterse a tutelas extranjeras» (MI 46).

proceso misionero: las áreas geográficas y culturales en las que nacieron y se formaron las vocaciones fueron destruidas, los jóvenes fueron reclutados y las vocaciones disminuyeron, en ausencia de recursos económicos, institucionales o personales. La situación también fue preocupante desde otros puntos de vista, como en el caso de los misioneros provenientes de los países derrotados, como Alemania, o de aquellos que fueron considerados más bien como defensores de los intereses de su propio país (cf MI 46).

A esto se añade una cuestión importante, que Benedicto XV aborda en su carta apostólica y que hasta entonces había sido descuidada en la actividad misionera de la Iglesia: la poca atención dada a las vocaciones indígenas. A estos siempre se les había asignado una naturaleza subsidiaria, con la consiguiente desafección hacia una formación doctrinal, misionera y espiritual. «No puede dudarse, es verdad, que, en orden a salvar almas, prevalecen los medios sobrenaturales de la virtud sobre los de la ciencia; pero también es cierto que quien no esté provisto de un buen caudal de doctrina se encontrará muchas veces deficiente para desempeñar con fruto su ministerio» (MI 54).

3. Documento profético y audaz

La carta apostólica *Maximum illud* abre las puertas a una reflexión sobre la misión *ad gentes* que sigue siendo de gran relevancia incluso después de cien años de su promulgación, porque muy bien puede considerarse una guía de misionología para ayudarnos a reconocer cómo «la misión puede renovar la Iglesia», aunque no lo diga explícitamente. Simplemente basta observar la actividad misionera de los años 60, con las emancipaciones políticas de las antiguas colonias, para descubrir que la situación actual de alguna manera ya estaba prevista por Benedicto XV. La lectura de esta carta apostólica no puede estar exenta de estos análisis y consideraciones históricas.

Además de ser el documento misionero pontificio más citado durante este siglo, los sucesores en la cátedra de Pedro no han perdido la oportu-

nidad de recordar o profundizar su contenido. Tal es el caso de Pío XI con *Rerum Ecclesiae* (28 de febrero de 1926), en la que se concretizan muchas de las indicaciones de Benedicto XV. Por su parte, el papa Pío XII, en el 25º aniversario de la encíclica de su predecesor Pío XI, publicó *Evangelii praecones* (2 de junio 1951). Pío XII nos invita a dar las gracias por la obra evangelizadora de la Iglesia, pero uno de sus mayores logros es la apertura a la universalidad, esbozada por Benedicto XV, que está ampliamente desarrollada, promoviendo el ministerio episcopal en el clero local. A estos documentos se suma la conocida *Fidei donum* (21 de abril de 1957) de Pío XII, y quizá el que es la referencia más explícita a la *Maximum illud*, la encíclica *Princeps pastorum* (28 de noviembre de 1959) de Juan XXIII, en su 40 aniversario. Si la lectura de estos documentos ayuda a comprender el pensamiento de Benedicto XV, el texto de Juan XXIII es vinculante. Por esta razón, Francisco, en su carta al cardenal Filoni del 22 de octubre de 2017, afirma que «Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio».

4. Universalidad de la actividad misionera de la Iglesia

Desde sus primeras palabras, *Maximum illud* se refiere al hecho de que anunciar el Evangelio no es solo proclamarlo para aumentar el número de los bautizados, sino que lo considera como el fruto de un encuentro con Cristo, nacido de la fe, más allá de las razas, las culturas y los pueblos⁴. El papa Francisco aprecia el documento de Benedicto XV, entre otras razones, porque muestra que la Iglesia es católica, misionera, universal y, como tal, la acción misionera es paradigmática de todo el trabajo de la Iglesia. Por lo tanto, la tarea misionera no es opcional, sino esencial y prioritaria.

⁴ BENEDICTO XV lamenta que hubiera «misioneros tan olvidados de la dignidad de su ministerio que, con el ideal y el corazón puestos más en patrias terrenas que en la celestial, dirigiesen sus esfuerzos con preferencia a la dilatación y exaltación de su patria» (MI 44).

Por entonces, la proclamación del Evangelio parecía implicar la revisión o la sustitución de la cultura del pueblo: por eso la connotación del colonialismo no es solo de naturaleza política y social, sino también cultural, y perjudica fuertemente la evangelización. La *Maximum illud*, por su parte, hace una evaluación muy positiva de lo que es y significa la inculturación de la fe, colocando a la Iglesia en un estado permanente de misión. El papa Benedicto XV asume el compromiso de afirmar que la misión se define por la universalidad de la salvación y por la catolicidad de la Iglesia destinada a todos los pueblos. Por primera vez, la misión se convierte claramente en parte de las preocupaciones de la Iglesia, fijando su atención en la necesidad de cuidar de las Iglesias indígenas, de su desarrollo orgánico e inculturado.

Por esta razón, uno de los principales retos que debía afrontar Benedicto XV era el de superar la tentación de las adhesiones colonizantes basadas en conceptos meramente nacionalistas y etnocéntricos, que afectan directamente no solo a los países, sino también a algunas instituciones misioneras, convencidas de que la Santa Sede les había dado un territorio de misión en propiedad⁵. Era el momento de aclarar, desde la Sede Apostólica, la separación entre las fronteras geográficas y políticas y las circunscripciones eclesíásticas de la Iglesia. Benedicto XV inicialmente aborda el problema de la restitución a la Iglesia local de aquellos territorios que anteriormente habían sido confiados a una institución misionera. En estas situaciones, existen otros problemas no despreciables, como el derecho a la comisión o la asignación de territorios de misión a las congregaciones religiosas. Cada institución misionera a la que la Congregación de *Propaganda Fide* (en la actualidad: «para la Evangelización de los Pueblos») había confiado un territorio de misión se ocupaba de tal circunscripción y buscaba vocaciones o medios para sus propias misiones.

⁵ Además, la *Maximum illud* advierte del daño que puede hacer a la evangelización el cerrarse a otras realidades culturales o sociales: «Y cuán severo habría de pasar sobre él el juicio divino, sobre todo si, como recordamos haber sucedido no pocas veces, teniendo él tan sólo unos pocos cristianos, y éstos esparcidos entre muchedumbres de paganos, y no bastándole sus propios colaboradores para instruir a todos, se negara, no digo a pedir, pero ni aun a admitir para la conversión de aquellos gentiles la ayuda de otros misioneros!» (MI 25).

5. La misión *ad gentes*, origen de las Iglesias locales

Esta distinción no es simplemente teórica o estratégica, sino fundamental para promover la misión *ad gentes* en las Iglesias particulares. Es un paso decisivo hacia el establecimiento de las Iglesias locales, lo que dará lugar al cambio de la perspectiva misionera en la vida de la Iglesia del siglo XX. Desde Benedicto XV, las misiones se convierten en Iglesias locales. De esto deriva también la reflexión sobre la situación de los obispos en estas Iglesias locales, hasta ahora esencialmente de origen occidental: «Tengan, pues, ante todo, muy presente que cada uno debe ser el alma, como se dice, de su respectiva Misión. Por lo cual, edifiquen a los sacerdotes y demás colaboradores de su ministerio con palabras, obras y consejos, e infúndanles bríos y alientos para tender siempre a lo mejor» (MI 15). Una de las grandes contribuciones del documento, una señal de que el Evangelio anunciado había echado raíces, es el establecimiento de la Iglesia local presidida por un obispo y un clero indígena, con la necesidad de crear nuevos centros propulsores que diesen vida a las comunidades locales con cooperadores bien formados (cf MI 22; 33).

Benedicto XV encarga a las misiones el cuidado de estos sacerdotes indígenas, porque serán ellos los que estarán más cercanos a la población local; serán el fruto de comunidades adultas y maduras. Sobre todo, en el caso de los conflictos armados, no serán expulsados, como acontecía en las primeras décadas del siglo XX. Gracias a estas nuevas y oportunas directrices a los vicarios apostólicos y a los obispos de los diferentes lugares, se comenzó un largo y laborioso proceso de creación de las Iglesias (*plantatio Ecclesiae*). Los efectos de estas recomendaciones no tardaron en llegar: unos años más tarde tendrán lugar las primeras ordenaciones de obispos indígenas.

6. Vocaciones indígenas

La *Maximum illud* apoya la necesidad de promover las vocaciones indígenas. El documento pontificio advierte que los mejores evangelizadores son personas que conocen el idioma y la cultura local y son miembros de la comunidad a quienes se anuncia el Evangelio. Esto no se dice para una planificación puramente efectiva, sino porque nadie debería ser privado del don de la vocación misionera. Los misioneros extranjeros que se niegan a adaptarse a las circunstancias y no hablan el idioma de los nativos, sino que se acercan a ellos a través de intermediarios, son asociados con las potencias coloniales europeas. Incluso los miembros del clero indígena se consideran, de hecho, como auxiliares. Aparecen como extranjeros en su propia tierra, con el peligro inmediato de generar grupos aislados e independientes.

Aunque las mujeres nunca han dejado de estar presentes en la evangelización, el documento hace una apuesta decisiva y sorprendente en favor de la vocación misionera femenina: no solo para asignarles las tareas sociales más cercanas a la mujer, sino también para elegir las simplemente como enviadas por la Iglesia. Esta es la razón por la cual en ese momento nacieron muchas instituciones misioneras (cf MI 76).

7. Teología de la misión

La carta apostólica indica algunas orientaciones que luego serán desarrolladas por otros documentos pontificios y por la misma Teología de la Misión. Entre otras razones para abordar el estudio de esta teología está la necesidad de preparar y formar a los misioneros. Benedicto XV advierte que su envío debe estar precedido por una preparación y una formación que sea la base de todo el trabajo misionero. Muchas deserciones de quienes dejan su encargo tienen que ver con la ausencia de esta formación. Es cierto que la teología de la época todavía no había dado a Benedicto XV la oportu-

tunidad de hablar de una fundación misionológica orgánica y sistemática, pero la cuestión aparece en la conclusión del documento, diciendo que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en las Iglesias emergentes son el mejor indicador de la madurez de estas comunidades cristianas⁶. Con este fin, el Pontífice promueve la colaboración entre las instituciones misioneras, más allá de los límites territoriales asignados a cada una de ellas. La práctica de atribuir los territorios de misión a congregaciones e institutos misioneros había sido una respuesta adecuada para la evangelización, pero estas instituciones corrían el peligro de cerrarse sobre sí mismas, sin aceptar, excepto como una solución secundaria, la colaboración con otras instituciones misioneras. La *Maximum illud* supera estos límites y abre el horizonte a la cooperación.

8. Actualidad de la *Maximum illud*

No es temerario insistir una vez más en el asunto afirmando que los contenidos de la carta apostólica siguen siendo relevantes cien años después de su publicación. Destacamos algunos de los aspectos más actuales.

Vitalidad de la misión

Hoy como entonces, la misión *ad gentes* necesita una recalificación. Es particularmente interesante para recuperar el contenido de la *Evangelii gaudium* 14-15, ya que ayuda a «superar las separaciones y contraposiciones entre pastoral ordinaria y misión» (Carta del cardenal Filoni a los Obispos 3 de diciembre de 2017). ¿Cómo lidiar con este problema hoy, dadas las nuevas circunstancias? Se sugiere una respuesta: debemos superar

⁶ «Conviene, pues, que los aspirantes al sacerdocio que se sientan con vocación misionera, mientras se forman para ser útiles en estas expediciones apostólicas, se hagan con todo el acopio de conocimientos sagrados y profanos que las distintas situaciones del misionero reclaman» (MI 57).

el desequilibrio «entre los desafíos de la evangelización en contextos de antigua cristiandad hoy indiferentes y secularizados, y la *missio ad gentes*» (ib.). Es interesante descubrir que esta peculiaridad está presente tanto en países con una larga tradición cristiana, como en las Iglesias que han surgido en países de misión, y que, en sus diferencias, el primer anuncio es central en ambos casos. Es la dimensión espiritual: si no comenzamos desde aquí, desde la pureza evangélica y desde la pasión por la evangelización, la evangelización no será posible. Por lo tanto, es urgente, como indicó Benedicto XV en la *Maximum illud* y como subraya el papa Francisco, renovar la misión evangélicamente.

Cooperación multidireccional

La cooperación misionera hasta entonces tenía una connotación unidireccional: el Evangelio llegaba desde el exterior, la ayuda provenía de muy lejos. Por lo tanto, estas Iglesias locales tenían la percepción de ser solo destinatarias de la misión. En cualquier caso, cuando sucedía que alguien era enviado de una Iglesia local a otra, allí se quedaba y era recibido como un auxiliar, como ayuda secundaria, con el encargo de servir en esa tierra de la Iglesia. Por primera vez, la misión se coloca en el centro de las preocupaciones de la Iglesia. Lamentablemente, a pesar de este documento, durante mucho tiempo seguiremos percibiendo la misión, o las misiones, como algo adicional y secundario. Benedicto XV insiste en uno de los problemas más urgentes, la promoción de las vocaciones indígenas. El nacimiento y el acompañamiento de estas vocaciones son los mejores signos de crecimiento de una comunidad cristiana: «En efecto, allí donde el clero indígena es suficiente y se halla tan bien formado que no desmerece en nada de su vocación, puede decirse que la obra del misionero está felizmente acabada y la Iglesia perfectamente establecida» (MI 36; cf 39; 89).

La universalidad

La *Maximum illud*, sorprendentemente, tiene una fuerte connotación de catolicidad y de universalidad cultural y geográfica. Su lectura, hoy, revela que la expresión «discípulos misioneros», utilizada por el Santo Padre frecuentemente, podría haber sido parafraseada de los escritos de Benedicto XV. En el lenguaje de Francisco, esta expresión no es sino la unión de la «pasión por Jesús» (discípulos) y de la «pasión por el pueblo» (misioneros). Hoy se puede comprender la actualidad de la *Maximum illud* volviendo a leer declaraciones como estas: «Ahora bien: si cada uno cumpliese con su obligación como es debido, lejos de la patria los misioneros y en ella los demás fieles cristianos, abrigamos la confianza de que presto tornarían las Misiones a reverdecer llenas de vida, repuestas ya de las profundas y peligrosas heridas que les han ocasionado la guerra» (MI 109).

La «Maximum illud» y las Obras Misionales Pontificias (OMP)

Con motivo del centenario de la *Maximum illud*, es apropiado repensar, promover y reevaluar la importancia actual de los OMP. La Sede Apostólica, a través de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, asume la responsabilidad misionera que le compete. Es uno de esos momentos en los que se ve la importancia del primado del sucesor de Pedro al servicio de la universalidad de la Iglesia y de la misionaridad de las Iglesias locales: por encima de los particularismos de las congregaciones, de las naciones, de la ideología, de la política, de la economía, etc., ¿qué institución eclesial debe asumir la responsabilidad de la evangelización? El Papa, como sucesor de Pedro, está firmemente comprometido con su servicio de comunión, mostrando una perspectiva global, católica, de universalidad y de unidad. Es entonces cuando las diferentes obras de apoyo misionero existentes –muchas de las cuales habían nacido en el siglo XIX en Francia– pasan a Roma, en 1922, manifestando así de un modo más explícito su carismática

catolicidad. Esto es, el centro del servicio universal a la misionaridad ya no estará durante más tiempo en Lyon o en Francia, sino que, pasando a Roma, se hace más universal, estimulando la colaboración entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares. El interés misionero debe pasar simultáneamente al centro de las preocupaciones de la Iglesia. Pero esto, sin embargo, no está indicando el florecimiento de un vigoroso dinamismo misionero, sino que es también una invitación a los Secretariados internacionales de las Obras Misionales Pontificias para apoyar la responsabilidad misionera de las comunidades cristianas esparcidas en las distintas Iglesias particulares y animadas por el pueblo de Dios. Por esto también la Iglesia local, en la *Maximum illud*, adquiere su centralidad gracias a la misión.



Bautizados
y enviados

Octubre
2019